

Mensaje cinco

**La comunión de la vida eterna:
la realidad de vivir en el Cuerpo de Cristo**

Lectura bíblica: 1 Jn. 1:1—2:2

I. Las Epístolas de Juan (especialmente la primera) develan el misterio de la comunión de la vida eterna—1 Jn. 1:3-4, 6-7:

- A. La comunión es el fluir de la vida eterna en el interior de todos los creyentes, esto es ilustrado con el fluir del agua de vida en la Nueva Jerusalén; la realidad del Cuerpo de Cristo, la vida de iglesia en la práctica, es el fluir del Señor Jesús en nuestro interior, y esta Persona que fluye debe tener la preeminencia en nuestro interior—vs. 2-4; Ap. 22:1; Col. 1:18b; cfr. Ez. 47:1.
- B. La comunión es el Dios Triuno que fluye: el Padre es la fuente de vida, el Hijo es el manantial de vida y el Espíritu es el río de vida; este fluir da por resultado la totalidad de la vida eterna: la Nueva Jerusalén—Jn. 4:14b; Ap. 22:1-2.
- C. La comunión es la impartición del Dios Triuno —el Padre, el Hijo y el Espíritu— en los creyentes como su porción y bendición únicas para el disfrute de ellos hoy y por la eternidad—1 Co. 1:9; 2 Co. 13:14; Nm. 6:22-27.
- D. La comunión indica dejar a un lado los intereses privados y unirse a otros con miras a un determinado propósito común; por tanto, estar en la comunión divina es dejar a un lado nuestros intereses privados y unirnos a los apóstoles y al Dios Triuno para llevar a cabo el propósito de Dios—Hch. 2:42; 1 Jn. 1:3.
- E. La comunión procede de la enseñanza; si enseñamos de forma errónea y diferente a la enseñanza de los apóstoles, la enseñanza de la economía de Dios, nuestra enseñanza producirá una comunión sectaria y divisiva—Hch. 2:42; 1 Ti. 1:3-6; 6:3-4; 2 Co. 3:8-9; 5:18.
- F. En 1 Juan se nos revelan los principios rectores de la comunión divina, en 2 Juan se nos revela que no debemos tener comunión con quienes niegan a Cristo (vs. 7-11), y en 3 Juan se nos revela que deberíamos permanecer en la única comunión de la familia de Dios al encaminar como es digno de Dios a quienes viajan por causa del evangelio y del ministerio de la palabra, y al no amar ser el primero en la iglesia (vs. 5-10).

II. La comunión de la vida eterna es la realidad de vivir en el Cuerpo de Cristo en la unidad del Espíritu—1 Co. 10:16-18; Hch. 2:42; Ef. 4:3:

LA COMUNIÓN DE LA VIDA ETERNA

Mensaje once (continuación)

- A. Entramos en el aspecto vertical de la comunión divina por el Espíritu divino, el Espíritu Santo; este aspecto de la comunión se refiere a nuestra comunión con el Dios Triuno al amarlo—2 Co. 13:14; 1 Jn. 1:3, 6; Mr. 12:30.
 - B. Entramos en el aspecto horizontal de la comunión divina por el espíritu humano; este aspecto de la comunión se refiere a nuestra comunión unos con otros por el ejercicio de nuestro espíritu al amarnos unos a otros—Fil. 2:1; Ap. 1:10; 1 Jn. 1:2-3, 7; 1 Co. 16:18; Mr. 12:31; Ro. 13:8-10; Gá. 5:13-15.
 - C. La única comunión divina es una comunión entretrejida: la comunión horizontal está entretrejida con la comunión vertical:
 - 1. La experiencia inicial de los apóstoles era la comunión vertical con el Padre y con Su Hijo Jesucristo, pero cuando los apóstoles anunciaron la vida eterna a otros, experimentaron el aspecto horizontal de la comunión divina—1 Jn. 1:2-3; cfr. Hch. 2:42.
 - 2. Nuestra comunión horizontal con los santos nos introduce en la comunión vertical con el Señor; luego nuestra comunión vertical con el Señor nos introduce en la comunión horizontal con los santos.
 - 3. Debemos mantener tanto el aspecto vertical como el aspecto horizontal de la comunión divina a fin de estar espiritualmente saludables—cfr. 1 Jn. 1:7, 9.
 - D. La comunión divina lo es todo en la vida cristiana:
 - 1. Cuando la comunión desaparece, Dios también desaparece; Dios viene como la comunión—2 Co. 13:14; Ap. 22:1.
 - 2. En esta comunión divina Dios se entreteje con nosotros; este entretejer es la mezcla de Dios con el hombre a fin de introducir el elemento constitutivo divino en nuestro ser espiritual para nuestro crecimiento y transformación en vida—Lv. 2:4-5.
 - 3. La comunión divina nos compenetra, atempera, acopla, armoniza y mezcla juntamente en un solo Cuerpo—1 Co. 10:16-18; 12:24-25.
- III. A fin de permanecer en el disfrute de la comunión divina, necesitamos tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado por causa del pecado que mora en nuestra naturaleza, y tomarlo como nuestra ofrenda por las transgresiones por causa de las acciones pecaminosas en nuestra conducta—1 Jn. 1:8-9; 3:20-21; Lv. 4:3; 5:6; Jn. 1:29; Ro. 8:3; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24-25:**

Mensaje once (continuación)

- A. El pecado es la naturaleza maligna de Satanás, quien se inyectó en el hombre mediante la caída de Adán y ahora ha llegado a ser la naturaleza pecaminosa de iniquidad que mora, actúa y opera como una ley en el hombre caído—Ro. 5:12, 19a, 21a; 6:14; 7:11, 14, 17-23; Sal. 51:5; 1 Jn. 3:4; cfr. 2 Ts. 2:3, 7-8.
- B. Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado significa que a nuestro viejo hombre se le ha dado fin (Ro. 6:6), que el pecado en la naturaleza del hombre caído ha sido condenado (8:3), que Satanás como aquel que es el pecado mismo ha sido destruido (He. 2:14), que el mundo ha sido juzgado y que el príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Jn. 12:31):
 1. La palabra *príncipe* en la frase *el príncipe de este mundo* implica autoridad o poder, y la lucha por el poder—Lc. 4:5-8; cfr. Mt. 20:20-21, 24; 3 Jn. 9.
 2. La lucha por el poder es el resultado, el producto, de la carne, el pecado, Satanás, el mundo y el príncipe de este mundo—Gá. 5:16-17, 24-26.
 3. La ley del pecado en nuestra carne es el poder, la fuerza y el vigor espontáneos para luchar contra Dios; la ley de la ofrenda por el pecado es la ley de la vida del Cristo pneumático, a quien disfrutamos, la cual automática y espontáneamente nos libra de la ley del pecado—Ro. 7:23; 8:2; Lv. 6:24-30; cfr. 7:1-10.
- C. Participamos de Cristo como nuestra ofrenda por el pecado en el sentido de que lo disfrutamos a Él como nuestra vida, la vida que sobrelleva los pecados de otros, a fin de que podamos sobrellevar los problemas del pueblo de Dios al ministrarles Cristo como vida que le da fin al pecado para que sean guardados en la unidad del Espíritu—1 Jn. 5:16; Lv. 10:17.
- D. Mediante nuestra comunión genuina, íntima, viviente y amorosa con Dios, quien es luz (1 Jn. 1:5; Col. 1:12), nos daremos cuenta de que somos pecaminosos, y tomaremos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado y nuestra ofrenda por las transgresiones:
 1. Cuanto más amemos al Señor y lo disfrutemos, más sabremos cuán malignos somos—Is. 6:5; Lc. 5:8; Ro. 7:18.
 2. Darnos cuenta de que tenemos una naturaleza pecaminosa y tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado, hace que seamos juzgados y subyugados, y tal comprensión nos resguarda, pues hace que no tengamos ninguna confianza en nosotros mismos—Fil. 3:3; cfr. Éx. 4:6.

LA COMUNIÓN DE LA VIDA ETERNA

Mensaje once (continuación)

3. El hombre, creado por Dios con el propósito de expresar a Dios y representarlo, no debería ser para nada aparte de Dios y debería entregarse absolutamente a Dios; por tanto, todo cuanto hagamos que proceda de nosotros mismos, sea bueno o malo, es para nosotros mismos, y puesto que es para nosotros mismos y no para Dios, es algo pecaminoso a los ojos de Dios; el pecado consiste en estar en pro del yo—Gn. 1:26; Is. 43:7; Ro. 3:23:
 - a. Servir al Señor en pro de nosotros mismos es pecado; predicarnos a nosotros mismos es pecado—Nm. 28:2; 2 R. 5:20-27; Mt. 7:22-23; 2 Co. 4:5.
 - b. Hacer nuestras obras justas, tales como dar limosna, orar y ayunar, en pro de nosotros mismos a fin de expresarnos a nosotros mismos y exhibirnos es pecado—Mt. 6:1-6.
 - c. Amar a otros en pro de nosotros mismos (por causa de nuestro nombre, posición, beneficio y orgullo) es pecado; criar a nuestros hijos en pro de nosotros mismos y en pro de nuestro futuro, es pecado—Lc. 14:12-14; cfr. 1 Co. 7:14.
4. El Señor usa nuestros fracasos para mostrarnos cuán horribles, desagradables y abominables somos, lo cual causa que abandonemos todo lo que procede del yo y dependamos completamente de Dios—Sal. 51; Lc. 22:31-32; Ro. 8:28.
- E. Tomar a Cristo como realidad de la ofrenda por las transgresiones equivale a experimentarlo como Aquel que redime, Aquel que resplandece y Aquel que reina, a fin de disfrutarlo a Él como suministro de vida en la comunión de vida—1 Jn. 1:1—2:2; Ap. 21:21, 23; 22:1-2:
 1. Al tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones, necesitamos hacer una confesión exhaustiva de todos nuestros pecados y de nuestra impureza a fin de tener una conciencia buena y pura—Hch. 24:16; 1 Ti. 1:5, 19; 3:9; 2 Ti. 1:3; He. 9:14; 10:22.
 2. Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel respecto a Su palabra para perdonarnos nuestros pecados y es justo respecto a Su redención para limpiarnos de toda injusticia; además, Cristo como nuestro Hermano mayor es nuestro Abogado ante el Padre a fin de restaurar nuestra comunión con el Padre que ha sido interrumpida, de modo que podamos permanecer en el disfrute de la comunión divina—1 Jn. 1:7, 9; 2:1-2.

Mensaje once (continuación)

3. El lavamiento de la sangre de Jesús el Hijo de Dios resuelve el problema de estar separados de Dios, el problema de culpa en nuestra conciencia, y el problema de las acusaciones de Satanás, lo cual nos permite tener una vida diaria llena de la presencia de Dios—Sal. 103:1-4, 12-13; 32:1-2; Ap. 12:10-11.
4. Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones al confesar nuestros pecados en la luz divina es la manera de beber a Cristo como agua viva para que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén—Jn. 4:14-18.
5. Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones para recibir el perdón de pecados da por resultado que temamos a Dios y amemos a Dios—Sal. 130:4; Lc. 7:47-50.

IV. A medida que disfrutamos a Cristo en la comunión divina, continuamente experimentamos en nuestra vida espiritual un ciclo que consta de cuatro cosas cruciales: la vida eterna, la comunión de la vida eterna, la luz divina, y la sangre de Jesús el Hijo de Dios; este ciclo nos hace avanzar en cuanto al crecimiento de la vida divina hasta que lleguemos a la madurez de vida, a fin de que lleguemos corporativamente a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo—1 Jn. 1:1-9; He. 6:1; Ef. 4:13.